

Un naturalista indispensable

JUAN ANTONIO MASSONE

Es sabido que, durante el siglo XIX, la naciente República de Chile tuvo en el conocimiento del país una de sus tareas impostergables. La materialización de tal propósito requirió de la presencia de científicos, educadores y artistas foráneos.

Los gobiernos chilenos contrataron a varios naturalistas. Había que hacerlo todo, o casi todo, en las disciplinas de la geología, la botánica, la zoología y la mineralogía. Desde luego, debíamos conocer nuestro territorio, por aquel principio tan antiguo y siempre actual de que quien no conoce, no ama.

Uno de los primeros en venir fue el francés Claudio Gay (1800-1873)—su apellido se pronuncia tal como se escribe. Además de impartir docencia en el Colegio de Santiago, comenzó sus trabajos de exploración en Colchagua, en la provincia de Santiago y en Juan Fernández. En 1832, regresó a París, ciudad donde sometió sus trabajos a la crítica de los científicos galos. Dos años después, estaba de vuelta en

Chile; esta vez con instrumentos y libros adecuados. En 1836 entregó informes de sus registros hechos en Valdivia y Chiloé.

Algunas regiones sureñas habían brindado las informaciones para redactar los informes. Tocaba conocer de otras. Nada le amilanó para adentrarse en las provincias de Coquimbo; en la cercanía del volcán San José, de la capital, y anotar las observaciones llevadas a cabo en Talca, Maule, Concepción y en sectores de la Araucanía. Claudio Gay legó una obra notable: Historia física y política de Chile. Por si algo faltara en qué ocupar su tiempo, fundó el Museo de Historia Natural. Cuatro volúmenes de manuscritos sobre la historia natural, física, magnetismo terrestre, estadística, geografía, además de otro dedicado a lo meteorológico; dos más contienen sus dibujos iluminados y otro, con cartas geológicas, ordenaron sus estudios.

Nuevamente en su país de origen, fue elegido miembro de honor del Instituto de

Francia en 1856. Chile le concedió una renta vitalicia de dos mil pesos anuales, de la que disfrutó hasta su muerte, acaecida el 29 de noviembre de 1873.

La resignada síntesis de estas líneas no podría aminorar la importancia reconocible de Gay en nuestro incipiente desarrollo científico. Fue calificado de polímata, es decir, alguien que sabía de muchas materias de estudio. Junto a ese anhelo de conocer de minerales y criaturas, de niveles geológicos y geografía, se respaldaba con apasionada disciplina y un convencimiento a prueba de todo.

Justo es valorar la voluntad política de largo alcance, de parte de los gobiernos chilenos, cuando entendieron que el desarrollo de un país es inimaginable sin el sólido conocimiento científico y humanista. Siembra que alberga futuras buenas cosechas. Bien mirados, los tiempos pretéritos continúan ofreciéndonos lecciones. Es urgente invertir en ciencias. Hay tanto en espera de mejorar en nuestro Chile.